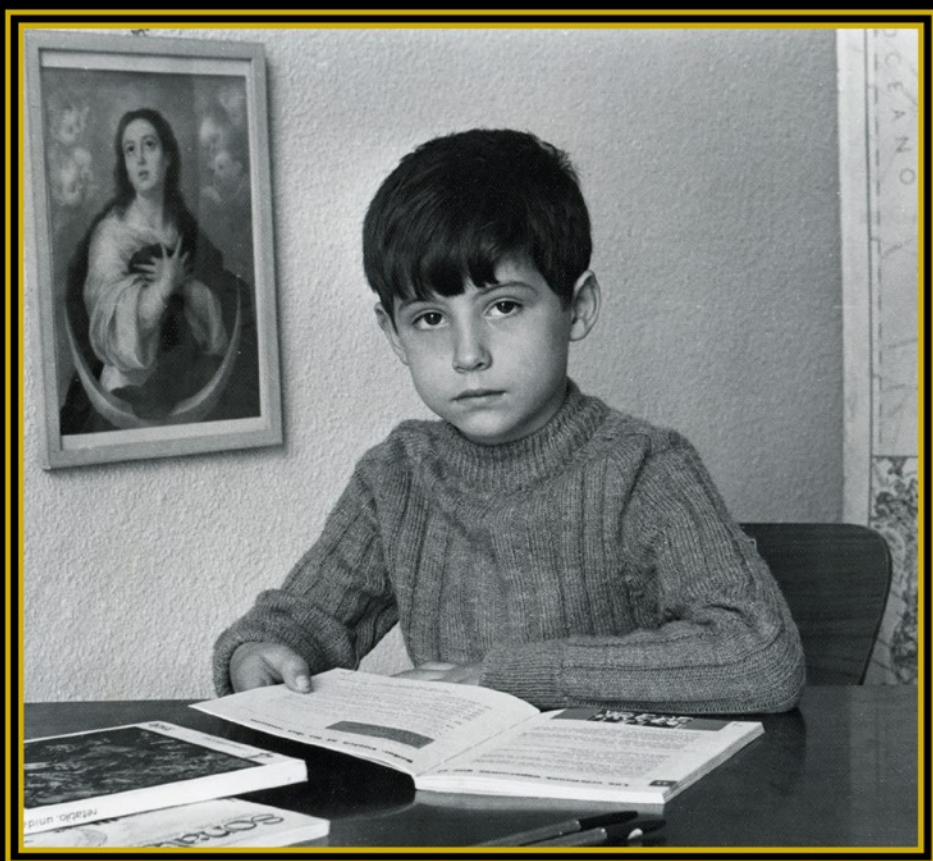


DESMADRE EN LA ERMITA

Javier Gómez Molero



EXCELLENCE
by Angelika T. *Estimada*
Baldwin

Desmadre en la ermita

Javier Gómez Molero

Primera edición: mayo de 2023

© Copyright de la obra: Javier Gómez Molero

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-126725-6-5

Código ISBN digital: 978-84-126725-7-2

Depósito legal: B 7551-2023

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño de portada y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

PRÓLOGO

En agosto de 1960, en una Lucena franquista y eminentemente agrícola, cuya población superaba los treinta mil habitantes, tuvo lugar un terrible suceso en el que, muy a su pesar, se vio implicado un niño que rondaría los ocho o nueve años. El niño, que en primera persona sufrió las consecuencias de dicho suceso, lejos de venirse abajo y encerrarse en sí mismo, enfrentó la situación, tiró de carácter y maduró de golpe y porrazo, adquiriendo una capacidad de adaptación, una seguridad y un aplomo que ya quisieran para sí no pocos adultos.

Sesenta y tantos años después, lo que queda de ese niño pasea por las remozadas calles y plazas de su ciudad, pega la hebra con quien, como él, no tiene gran cosa que hacer, frecuenta bares y terrazas, y se siente afortunado de haber nacido en este rincón del mundo, cuna de civilizaciones. Y orgulloso de sus gentes, depositarias de una filosofía de vida a medio camino entre el estoicismo y el epicureísmo, que las lleva a sufrir sin queja alguna cuando vienen mal dadas y a disfrutar como nadie en tiempos de bonanza.

Ah, un poco más y se olvida. El niño al que se alude en estas líneas, y que en un visto y no visto se hizo hombre, puede que, sin ser consciente de ello, se llama Saturnino, Saturnino Gallardo. Y es el protagonista de nuestra historia. Bueno, a decir verdad, uno de los dos protagonistas: el otro es Lucena.

ARRANCA EL VIAJE

Ni Gallardo y su hijo Saturnino eran los únicos pasajeros del vehículo ni el Vauxhall, abollado en sus cuatro ángulos, se deslizaba a lo largo de aquel trayecto por vez primera en el día. El calor había alcanzado el grado de «la» calor, y el habitáculo de aquel coche de fabricación inglesa se iba asemejando cada vez más a los hornos en los que se cocían el pan y las magdalenas de la panificadora de la calle Veracruz o a aquellos otros donde se tostaban los cacharros de la alfarería de los vecinos de enfrente de su casa. El sudor que le humedecía el pelo, que perlaba su rostro y le había empapado la camisa, Gallardo lo enjugó, a la altura del cuello, mediante un pañuelo que, una vez cumplida su tarea, volvió a dejar sobre el salpicadero.

La carretera por la que padre e hijo circulaban, mejor un camino de cabras, aún conservaba alguna que otra tirilla de lo que tiempo atrás había sido una capa de asfalto. De la tierra, a la manera de granadas de mano, germinaban pedruscos y guijarros que, por efecto de la caricia de las ruedas, salían disparados y minaban los bajos y los laterales de aquella cafetera, parsimoniosa y negra, tal que un coche fúnebre.

A ambos lados, a modo de prolongación del pueblo, avistaron míseras chabolas de techos de uralita y paredes de caña y barro, en cuyo interior se guarecían de la canícula y puede que hilvanaran un sueño sus inquilinos, ajenos a que, a la vuelta de unos meses, una decena de ellos iban a ser arrastrados por una riada, que acabó por desencadenar la catástrofe más lastimosa del devenir de aquel pueblo en el que nunca pasaba nada.

Fue una tarde del mes de julio, cuando de improviso, y por espacio de una hora, se abatió una tormenta escoltada por una tromba de agua que, no conforme con irrumpir en patios y derribar paredes, se cebó en arrasas hogares, enseres, plantaciones, vehículos y animales, y diezmó la población. En las pupilas de los niños y

mayores, que con el corazón encogido observaban desde balcones y ventanas la catarata de agua que discurría calles abajo, quedarían impresos de por vida los cadáveres de personas y animales que las ruidosas aguas arrastraban, pero también la heroicidad de quienes, a riesgo de jugarse el pellejo, cruzaron cuerdas entre acera y acera, se amarraron a ellas y pusieron a salvo a los que estaban lejos de alimentar esperanzas de salir con vida de aquel trance.

Dos días después, mientras una brigada de voluntarios limpiaba las calles y ponía en orden los objetos por doquier esparcidos, el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento de Córdoba, José Manuel Matéu de Ros, giraba visita a Lucena y se entrevistaba con el alcalde, Miguel Álvarez de Sotomayor, quien le hacía saber que los barrios más afectados habían sido los de San Roque —por el desbordamiento de los arroyos Mísere y Agua Nevada—, el Puente San Juan, la Calzada y el Cascajar. Y para entender en lo posible la causa de la tragedia, le exponía que por la parte sur la ciudad estaba protegida por montes altos de tierras de labor, por donde habían descendido las aguas con una rapidez y violencia inusitadas. Seguidamente, alcalde y gobernador inspeccionaban el Hospital de San Juan de Dios, en cuya capilla se alineaban diez féretros, cinco de niños y otros tantos de adultos, y visitaban las salas de la institución que acogían a ciento ochenta y nueve personas o, lo que es lo mismo, cuarenta y nueve familias, que habían perdido sus casas y enseres.

Más adelante, se ofrecieron a padre e hijo perales, manzanos y granados por la derecha y ralos olivos por la izquierda, que erguidos sobre sus troncos vigilaban la marcha del coche, que por la retaguardia exhalaba ráfagas de humo. Sobre los cables de la luz, sobre sus blancas tacillas, boqueaban golondrinas a la caza de una burbuja de oxígeno. El chirrido de las cigarras, el piar de los gorriónes lo sofocaba el rugido del motor en demasía revolucionado, al borde de saltar en pedazos.

Con idea de despegar la camisa del cuero negro del asiento, Gallardo tiró de su cuerpo hacia delante y, cual una queja, se escapó un ruidito que al chiquillo le evocó el ¡ras! del esparadrapo, al arrancarlo de su piel cada vez que se provocaba un desollón. A Saturnino, a quien el bochorno parecía afectar con menos intensidad, se le dispararon las alarmas al advertir el nerviosismo que de manera

gradual iba atenazando a su padre, y cruzó los dedos para que no montara en cólera, perdiera la concentración y se saliera de la carretera.

El chiquillo encajó los ojos en su tez rosácea, en su perfil aguileño, en sus párpados de lector empedernido y, como si se dispusiera a transmitirle una señal, al cabo de unos segundos los relegó a la palanca de cambios. Ponerlo en antecedentes de la existencia de una cuarta marcha no iba a sacarlo de apuros, no sería sino malgastar sus energías y suscitar una respuesta airada, cuando no un intimidante silencio. A Gallardo se le antojaba más que suficiente el empleo de tres velocidades, no se hacía cargo de las revoluciones del motor y se daba por complacido con seguir al pie de la letra el consejo que un día le regalara su amigo el comisario de policía de Córdoba, el mismo que, moviendo sus hilos en Tráfico, le había agenciado el carné de conducir, sin necesidad de pasar por el imposible examen: «Tú no corras».

Gallardo, antes de emprender viaje, daba de beber de una jarra de latón su ración de agua al radiador y a renglón seguido giraba la manivela inserta en un agujero del frontal de la carrocería, hasta que el motor se ponía a ronronear y hacía estremecer los cimientos del coche. Luego de haberse instalado al volante, musitaba un Padrenuestro y un Avemaría de forzoso cumplimiento para el pasaje y una Salve de carácter voluntario. A continuación, se santiguaba tres veces, ajustaba la mirada al techo e imploraba a los de arriba para que a nadie, ni a pie ni motorizado, se le ocurriera cruzarse por delante. Al primero, porque de seguro lo destrozaría de un topetazo o se lo llevaría enganchado en el parachoques y al segundo, porque se le figuraba un obstáculo insalvable. Tan asumida tenía su incapacidad al ir a enfrentarse a un adelantamiento que, nada más avistar otro vehículo en la lejanía, ralentizaba la marcha, dejaba que le fuese sacando ventaja y, en el colmo de los colmos, siempre y cuando con tal maniobra consiguiera que acabase desapareciendo de su radio de acción, se paraba en el arcén y aguardaba hasta que escampase.

Desde hacía un rato, Gallardo conducía con más prudencia que nunca, con más parsimonia, como si las ruedas del coche se hubieran transformado en sus propios pies, a los que no convenía fustigar con un ritmo apresurado. Se le notaba atenazado, la cara pegada al cristal, el cuello rígido, los ojos abiertos, hasta alcanzar el grado de ridículo y sin parpadear. Saturnino lo adjudicó al cansancio por el viaje de un par de horas antes, cuando con la baca y el maletero

hasta arriba había trasladado a Pepa, su mujer, a su hija Lourdes y a Concha al destino al que los dos hombres de la casa se dirigían ahora.

A su padre se le había metido en el entrecejo que las mujeres fueran en avanzadilla y así, en cuanto arribara con el chiquillo y el pasajero de detrás, se encontraría la casa de campo en condiciones. Y todo porque la vivienda a la que se dirigían permanecía cerrada la mayor parte del año, estaría manga por hombro y había de ser a las mujeres a quienes correspondiera la tarea de abrir ventanas y balcones para que se orease, despojar los muebles de las sábanas que los protegían, quitar el polvo a las lámparas, fregotear los suelos y, en definitiva, dejarla en condiciones de ser habitada.

Aun así, había un detalle que se hurtaba al conocimiento de Saturnino y que venía a dar cuenta del estado de excitación por el que estaba atravesando su padre y en cierta forma a justificarlo. Un suceso que un rato antes se había generado en el tramo inicial del primer viaje, que había arrancado en la cochera que tenía alquilada en la calle Molino, y que en teoría debía concluir en la casa de la calle Quintana en la que vivía, para allí recoger a Pepa, Lourdes y Concha, y trasladarlas al campo.

Se había puesto en camino desde la mencionada calle Molino, del rectángulo cuyas paredes estaban desconchadas y tiznadas de negro, y marchaba al ralentí, bien que sin privarse de acelerones e intermitentes frenazos. Ora reducía de una forma violenta y cortante a riesgo de estampar su cara contra el parabrisas, ora se embalaba como propulsado por un motor a reacción a pique de atropellar a quien osase interponerse en su marcha.

Al encarar el cruce con la calle San Pedro, cumplió con el preceptivo *stop* y, al tiempo que encadenaba unos bocinazos con otros, dejó asomar el morro de su Vauxhall. El coche, no sin obsequiarlo antes con un par de brincos que por poco lo llevan a dar con la cabeza en el techo, se le caló, lance que hizo aflorar a sus labios una mueca de resignación que derivó en un reproche al salpicadero, como si tal componente del vehículo fuera depositario de la razón de su impericia.

Echó el freno de mano, extrajo del bolsillo del pantalón un arrugado paquete de Rex y con tiento, con mucho tiento, se aprestó a encender un cigarrillo. Cerrando los ojos, tal que así al humo le fuera posible metérsele más adentro, dio una urgente calada y lo expulsó

por la nariz y por la boca. Tiró hacia afuera del cenicero mimetizado con el tablero de mandos, en el mismo tono *beige*, y un olor a colilla añeja y rellovida se esparció por el habitáculo. En tanto apuraba una segunda calada al cigarrillo, que colgaba del gancho de su dedo índice, volvió a arrancar y reemprendió la marcha.

Asomó la cabeza por la ventanilla izquierda —el retrovisor era un molesto e inservible objeto ornamental— y torció calle San Pedro arriba, camino del Llanete San Agustín. De milagro no se estampó en el afilado adoquín al trazar la curva, y de un volantazo acabó rozando, sólo rozando, la acera de enfrente. Situar el coche en línea recta, en medio de la calle, le supuso un esfuerzo suplementario, y ya sin tregua impuso un trote acochinado a su cabalgadura. Tiempo le sobraba y la distancia a recorrer era ridícula. En un par de minutos como mucho estaría en su casa de la calle Quintana, donde iba a recoger a su mujer, su hija y la muchacha que tenía a su cargo el cuidado de los niños.

La calle era toda suya, el sol fundía el mármol rosáceo de las aceras y hería la cal de las casas. Ni un alma. Estarían refugiados en la oscuridad de las salitas bajas, arrimados al frescor de las paredes o agazapados bajo el toldo de los patios, sitiados de macetas, parras, enredaderas, jazmines, el pozo, con la cuba prendida de una cuerda, en un rincón. Y en las manos el abanico o el porrón. Puede que algunos incluso hubiesen ya terminado de comer y estuvieran dando unas cabezadas.

A la vez que arrojaba la ceniza por la ventanilla, prestó atención a una señora, mayor por su continente y por la flema de sus pasos, que caminaba, en la mano un bolso rosa a juego con los zapatos, en dirección contraria a la suya por la acera. Marchaba arrimada a la pared del Casino, rozando en ella su vestido estampado de lunares, a la busca de una protección de la que los rayos del sol se mofaban con insultante arrogancia. «Con la que está cayendo muy tozuda ha de ser para estar en la calle o muy urgentes los asuntos que tiene que despachar», se dijo Gallardo.

A medida que se iba acercando, como imantado por su presencia, como si una fuerza irresistible lo atrajera, el Vauxhall de Gallardo fue orillándose hacia la izquierda, a la acera por la que taconeaba la mujer, ya a escasos metros, frente a la puerta falsa de la Iglesia de las Agustinas. De súbito, sin motivo alguno que lo justificara, la atracción se hizo recíproca. La mujer renunció a su

deambular acompasado, rectilíneo y pegadito a la pared. Como propulsada por un trampolín, dio un saltito del que salió trastabillada, su andar se volvió tambaleante y se fue apartando cada vez más de la pared. Sin venir a cuento, Gallardo la comparó con una pelota que alguien hubiera golpeado con el empeine interior del pie, con un efecto que la llevaba hacia la izquierda, cada vez a mayor velocidad, cada vez más encorvada y sin dejar de mirar al suelo.

A todo esto, Gallardo, prudente él, curioso él, se empleó en frenar el coche, que rozando la acera por la que se tambaleaba la mujer volvió a calarse, aplastó lo que quedaba del Rex en el filo de la ventanilla, lo arrojó a la calle y, sin perder de vista su torcido rumbo, a la izquierda y hacia abajo, se cruzó de brazos. Prisas, las justas. Sería cuestión de esperar a que la víctima cayese al suelo, a fin de interesarse por sus chichones, por sus fracturas, por si corría la sangre.

Ya a la mujer la tenía a dos metros, ya la tenía encima, cada vez más agachada, más cerca del suelo. Tanto que por un instante se hurtó de su campo de visión. A Gallardo le asaltó la sospecha de que la mujer en modo alguno hubiera existido, que había sido producto de su mente enfebrecida por la elevada temperatura, algo así como los espejismos de las películas de caravanas y desiertos que a él y a su mujer encandilaban, con sus camellos, con sus beduinos, en las que a la larga asomaban el frescor de un oasis, un pozo de agua y unas chicas de ojos inmensos y tapadas con velos. Décimas de segundo después, un impacto tremendo, como el de una pedrada, resonó en el costado izquierdo a la altura de la puerta. El coche se estremeció. Gallardo también. Descruzó las manos, se las llevó a la cabeza y de sus labios surgió espontáneo un «¡uy!, ¡uy!, ¡uy!».

Acerca del autor



Después del éxito de su última novela, «El asesino del cordón de seda», Javier Gómez Molero regresa al mundo literario con una novela divertida y entrañable, ambientada en Lucena (Córdoba) en el verano de 1960.

Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Granada, Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Córdoba y Catedrático de Bachillerato de Latín, es también autor de «Totum Revolutum» (Editorial Merial, 1999); «Los Dioses no eran tan Divinos» (Editorial Merial, 2000); «La Sonrisa de los Mitos» (Editorial Merial, 2004); «Néctar, ambrosía y unas

gotitas de humor» (Editorial Merial, 2009), y «La caricia de la serpiente» (Kailas Editorial, 2017).

Con su nueva obra, «Desmadre en la ermita», cumple su propósito de hacer protagonista a la ciudad que le vio nacer.